

HERMANOS, NO SOMOS
PROFESIONALES

HERMANOS, NO SOMOS PROFESIONALES



editorial clie

EDITORIAL CLIE

C/ Ferrocarril, 8

08232 VILADECAVALLS (Barcelona) ESPAÑA

E-mail: libros@clie.es

Internet: <http://www.clie.es>

HERMANOS, NO SOMOS PROFESIONALES

Publicado originalmente en inglés con el título *Brothers, We Are Not Professionals*

© por John Piper

Traducido y publicado en español por CLIE con permiso de © 2005 Broadman & Holman Publishers, Nashville, Tennessee USA

© 2010 Editorial CLIE

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org <<http://www.cedro.org>>) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-8267-464-3

Printed in Colombia

Clasifíquese: Pastoral

0935-Vida Cristiana

02-05-0935-06

Referencia: 224722

DEDICATORIA



A
George Verwer
y
Greg Livingstone

cuya pasión y perseverancia en la búsqueda
de las personas inalcanzadas del mundo
me han empujado al compromiso radical
con los propósitos globales de Jesucristo
en lugar del
profesionalismo pastoral

CONTENIDO

Prólogo	9
Agradecimientos	15
1. Hermanos, no somos profesionales	17
2. Hermanos, Dios ama su gloria	21
3. Hermanos, Dios es amor	27
4. Hermanos, vivan y prediquen la justificación por la fe	33
5. Hermanos, tengan cuidado con la ética del deudor	49
6. Hermanos, díganles que no sirvan a Dios	55
7. Hermanos, tengan en cuenta el hedonismo cristiano	61
8. Hermanos, oremos	69
9. Hermanos, tengan cuidado con los sustitutos sagrados	75
10. Hermanos, luchen por sus vidas	81
11. Hermanos, interroguemos el texto	89
12. Hermanos, Bitzer era banquero	97
13. Hermanos, lean biografías cristianas	105
14. Hermanos, muéstranles a sus fieles por qué Dios inspiró textos difíciles	113
15. Hermanos, salven a los santos	121
16. Hermanos, debemos sentir la realidad del infierno	129
17. Hermanos, llévenlos al arrepentimiento por medio de su deleite	135
18. Hermanos, magnifiquen el significado del bautismo	143
19. Hermanos, nuestra aflicción es para Él consuelo de ellos	153

20. Hermanos, hagan que el río sea profundo	159
21. Hermanos, no combatan los tanques de la carne con reglas de cerbatana	165
22. Hermanos, no confundan la incertidumbre con la humildad	175
23. Hermanos, díganles que con cobre basta	183
24. Hermanos, ayuden a su pueblo a resistir y servir en medio de las calamidades	189
25. Hermanos, denles la pasión de Dios por las misiones	203
26. Hermanos, corten el racismo de raíz	215
27. Hermanos, hagan sonar el clarín por los que aún no han nacido	229
28. Hermanos, centren la atención en la esencia de la adoración, no en la forma	247
29. Hermanos, amen a sus esposas	263
30. Hermanos, oren por los seminarios	277
Índice de personalidades	283
Índice de temas	285
Índice de textos bíblicos	291
Ministerios <i>Desiring God</i>	300

PRÓLOGO

A VECES EL SUFRIMIENTO enorme toca tan de cerca que por una breve temporada la neblina de nuestra necia seguridad se disipa y podemos ver el abrupto precipicio de la eternidad a sólo un paso. Un frío estremecimiento nos corre por el cuerpo y, por un momento, todo en el universo parece distinto. Esos son buenos momentos para el realismo pastoral. ¡Ah, qué vacía parece gran parte de nuestra vida y ministerio en esos momentos! Lo último que lamentamos entonces es el ser menos profesionales.

El comienzo del siglo XXI es un buen momento para ser pastor; son tiempos llenos de incertidumbres y peligros. El ambiente político y religioso del mundo nos empuja sin tregua (si tenemos oídos para escuchar) hacia el centro no profesional de la fe y el ministerio: El cruel, sangriento, espantoso, jadeante y crucificado Dios-hombre Jesucristo. En estos tiempos, nos vemos impulsados cada vez más a decir con Pablo el apóstol: «Pues me propuse no saber entre vosotros cosa alguna sino a Jesucristo, y a éste crucificado... Pero lejos esté de mí gloriarme, sino en la cruz de nuestro Señor Jesucristo, por quien el mundo me es crucificado a mí, y yo al mundo» (1 Co. 2:2; Gá. 6:14).

El aislado cristianismo occidental está despertando del mundo de ensueño de que ser cristiano es normal o seguro. Cada vez más, el verdadero cristianismo se está convirtiendo en lo que fue al principio: insensato y peligroso. «Nosotros predicamos a Cristo crucificado, para los judíos ciertamente tropezadero, y para los gentiles locura» (1 Co. 1:23). «Viene la hora cuando cualquiera que os mate, pensará que rinde servicio a Dios» (Jn. 16:2).

El ascenso del radicalismo musulmán simplemente intensifica una verdad siempre presente: Predicar a Cristo crucificado arruina la cortesía pastoral profesional y nos despierta a las ruinas del

pluralismo relativista. La armonía profesional se estrella contra las rocas del Gólgota. Los profesionales del mantenimiento de la paz corren al podio para anunciar el terreno común del monoteísmo y la gran estima en que tiene todo el mundo al profeta Jesús. Pero «curan la herida de mi pueblo con liviandad, diciendo: Paz, paz; y no hay paz» (Jer. 6:14). Los verdaderos pastores lo perciben de manera diferente y aman a su pueblo mejor. No anulan la gracia de Dios minimizando la centralidad de la cruz. La importantísima verdad, rechazada de manera generalizada, es la siguiente: «[Él] fue entregado [para morir] por nuestras transgresiones, y resucitado para nuestra justificación» (Ro. 4:25).

Esto es precisamente lo que niega el islam. Un cierto musulmán suni dice: «Los musulmanes creen que Alá salvó al Mesías de la ignominia de la crucifixión tanto como que Alá salvó el Sello de los Profetas de la ignominia después de la *Hégira*».¹ Y otro añade: «Nosotros lo honramos [a Jesús] más que ustedes... ¿No lo honramos más cuando nos negamos a creer que Dios lo dejaría morir en la cruz? Más bien creemos que Dios se lo llevó al cielo».² La cuestión *no* es si el islam es monoteísta. La cuestión *no* es si el islam trata de honrar a Jesús. La cuestión es la siguiente: ¿El islam, o cualquier otra fe aparte del cristianismo, valora la crucifixión del Dios-hombre, Jesucristo, como el único basamento de nuestra aceptación de Dios? La respuesta es no. Sólo los cristianos «siguen al Cordero» que fue

1. Badru D. Kateregga y David W. Shenk, *Islam and Christianity: A Muslim and a Christian in Dialogue* (Nairobi: Usima Press, 1980), 141. *Hégira* se refiere a la huida de Mahoma de La Meca en el año 622 d.C. Se deriva del árabe *hijrah*, literalmente, huida. La parte del Corán que brinda la base para esta negación de la crucifixión y resurrección dice: «Y dicho por ellos [los judíos]: “Vimos al Mesías, Jesús hijo de María, el Mensajero de Dios”, mas no lo mataron, ni lo crucificaron, sólo una semejanza de ello [*shubihah lahum*] les fue mostrada. Los que lo vieron, no tienen conocimiento de él, excepto una conjetura; y no lo mataron con certeza, no, nada de eso; Dios lo alzó hacia Él; Dios es Todopoderoso, Todo sabio». (4:157/156-57). Citado en J. Dudley Woodberry, editor, *Muslims and Christians on the Emmaus Road* (Monrovia, Calif.: MARC, 1989), 165.

2. Tomado de un artículo de 1951 aparecido en *The Muslim World* en J. Dudley Woodberry, ed., *Muslims and Christians on the Emmaus Road*, 164. Los clérigos musulmanes estaban diciendo cosas similares en los primeros años de este siglo también: «Creemos en Jesús; de hecho, más que ustedes».

«inmolado» como el único Redentor que se sienta en el «trono» de Dios (Ap. 14:4; 5:6; 7:17).

En otras palabras, el centro del cristianismo y el centro de la vida pastoral es la deshonrosa, insensata, horripilante y totalmente gloriosa realidad del Dios-hombre torturado, Jesucristo. Cada vez más, Él debe convertirse en el problema. No un Jesús agradable, impreciso, comfortable que a todos les agrada, sino el que constituye un «tropezadero» para los judíos y una «locura» para los gentiles. Mientras más nos acercamos a lo que hace que el cristianismo sea horrendo, más nos acercamos a lo que lo hace glorioso. «No desecho [anulo] la gracia de Dios; pues si por la ley fuese la justicia, entonces por demás murió Cristo» (Gá. 2:21). Ni sangre, ni gracia, ni gloria. Todas las religiones que niegan la cruz anulan la gracia de Dios y llevan a las personas a la perdición perpetua. La prédica de esta verdad no encaja en el profesionalismo de hoy día.

Cuidado con sustituir la tolerancia auténtica basada en la verdad con la tolerancia profesional falaz. En una época, la tolerancia era el poder que impedía que los partidarios de creencias rivales se mataran entre sí. Era el principio que ponía la libertad por encima de la conversión forzada. Tenía sus orígenes en la verdad de que la convicción bajo coerción no es convicción. Esa es la verdadera tolerancia. Pero ahora, la nueva tolerancia profesional niega que *existan* creencias rivales; sólo se complementan entre sí. No sólo denuncia el empeño de *imponer* las conversiones, sino también la idea de que cualquier conversión pudiera ser necesaria. Afirma que ninguna creencia religiosa debería aducir superioridad por encima de otra. De esta manera, la paridad pacífica entre los profesionales puede permanecer intacta y ninguno tendría que ser perseguido a causa de la piedra de tropiezo de la cruz (Gá. 5:11).³

El objetivo de este libro es el de diseminar una pasión pastoral radical por la supremacía y la centralidad del Dios-hombre

3. Este párrafo ha sido adaptado del artículo de John Piper, «Hate and Tolerance: Obstacles to the Eternal Life of Muslims», *World Magazine*, 27 de octubre de 2001, 65.

crucificado y resucitado, Jesucristo, en todas las esferas de la vida, del ministerio y de la cultura. Cada vez más, un ministerio bajo la bandera de la supremacía de Cristo será ofensivo a los impulsos de un clero profesional que le gusta que lo citen honorablemente en el periódico local. La intención del título del presente libro es la de sacudirnos de la presión para encajar en las expectativas culturales del profesionalismo. La intención es la de hacer sonar una alarma contra la vanidad de la condición social y contra la expectativa de igualdad en el pago y contra el préstamo de paradigmas del mundo profesional. ¡Qué no daríamos por pastores radicalmente saturados de la Biblia, centrados en Dios, magnificadores de Cristo, sacrificados, movilizadores de misiones, salvadores de almas, confrontadores de la cultura! Que las fichas caigan como deseen: Ramos de la palma hoy, persecución mañana.

Yo sé que algunas personas de inmediato señalarán que hay pastores enfermos quienes, en nombre del ministerio contracultural, necesitan ofender a las personas y no son capaces de crecer sin oponer resistencia. Otros críticos nos dirán que la incompetencia no es una virtud. Otros expresarán que caer en gracia en el gremio no es tan malo. Y por supuesto, habrá muchos que se sentirán dolidos con la palabra *hermanos*. A todas estas personas, yo les digo que sí, que tienen razón. Yo lo acepto. Si usted cree que esas cosas son la necesidad apremiante de nuestros tiempos, entonces, dígalas. Pero esa no es mi valoración de las cosas.

Por cada pastor enfermo que ofende innecesariamente, otros cien de ellos temen tanto ofender que la espada del Espíritu se ha convertido como elástico en sus bocas y la poderosa mezcla bíblica de severidad y bondad ha desaparecido de su ministerio. Por cada pastor incompetente que se justifica a sí mismo con cubiertas espirituales, otros cien pastores están desesperadamente duplicando su incompetencia espiritual buscando remedios en Babilonia. Por cada pastor que goza de respeto en el gremio a pesar de la fidelidad profética a la cruz, otros cien pastores gozan de ese respeto porque la cruz ha sido puesta en peligro. Y a aquellos que quieren que yo

escriba para «los hermanos y las hermanas», yo les digo: Dejen que todos estén plenamente convencidos. En cuanto a mí, la enseñanza bíblica es clara: Dios llama a los hombres espirituales, humildes, semejantes a Dios a guiar la familia como esposos y a guiar la iglesia como ancianos (Ef. 5:20-33; 1 Ti. 2:12-13).⁴ Yo creo, y ha sido mi experiencia durante veinte años, que las mujeres devotas, talentosas, desenvueltas, inteligentes, entregadas al ministerio, florecen en esas familias e iglesias.

El concepto que yo tengo del ministerio pastoral está lleno de gozo. Ondeando sobre nuestra asediada labor está la bandera de Hebreos 13:17: «Para que lo hagan con alegría, y no quejándose, porque esto no os es provechoso». Y resuenan las trompetas apostólicas: «Apacentad la grey de Dios... no por fuerza, sino voluntariamente; no por ganancia deshonesta, sino con ánimo pronto» (1 P. 5:2). Hay muchas lágrimas, sí. Pero como dijo Pablo, estamos «como entristecidos, mas *siempre* gozosos» (2 Co. 6:10). De hecho, las lágrimas profundizan e intensifican el gozo de nuestra esperanza (Stg. 1:2-4; Ro. 5:3; 2 Co. 4:17).

No sólo hay lágrimas; hay antagonistas. «Porque se me ha abierto puerta grande y eficaz, y *muchos son los adversarios*» (1 Co. 16:9). Pudiéramos desear la paz. Y debemos trabajar en pos de la unidad en la verdad. Pero en este mundo caído, el evangelio siempre es el olor de vida para algunos y el olor de muerte para otros (2 Co. 2:15-16). Entonces, nuestro gozo es un gozo asediado, pero siempre será impertérrito por el triunfo de Cristo. Y nuestro gozo es un gozo lleno de lágrimas, pero nuestras lágrimas son las lágrimas de gozo centrado en Dios impedido en su prolongación a los demás. La paz y la satisfacción de nuestras almas doloridas (y de nuestras iglesias hambrientas y las naciones expectantes), no se derivan de las ventajas de la excelencia profesional, sino de los deleites de la comunión espiritual con el Cristo crucificado y resucitado. Siento celo de

4. Véase John Piper y Wayne Grudem, *Recovering Biblical Manhood and Womanhood: A Response to Evangelical Feminism* (Wheaton, Ill.: Crossway Books, 1991).

HERMANOS, NO SOMOS PROFESIONALES

difundir este gozo a mis hermanos pastores (y mediante ellos), que es la razón por la que digo: «Hermanos, no somos profesionales».

AGRADECIMIENTOS

EN PRIMER LUGAR, doy las gracias a Jesucristo quien me llamó al ministerio de la Palabra estando yo enfermo de mononucleosis durante tres semanas en Wheaton College cuando tenía veinte años y luego dirigí ese llamado hacia el pastorado en 1979 cuando tenía treinta y tres años.

Les doy las gracias a los miembros de la Iglesia Bautista Bethlehem de Miniápolis por hacer de Hebreos 13:17 una realidad para mí desde el verano de 1980. «Para que [los pastores que velan por vuestras almas] lo hagan con alegría, y no quejándose, porque esto no os es provechoso».

Les doy las gracias a Justin Taylor y Vicki Anderson quienes me ayudan de tantas maneras que me quitan muchísimo peso de encima, que harían que proyectos como este fueran imposibles. Justin también asumió el índice de temas y añadió una forma más en que el libro pudiera ser útil.

Le doy las gracias a mi esposa Noël por treinta y tres años de fidelidad. En todo lo que hago, me apoyo en ella.

Le doy las gracias a Eileen Anderson quien dedicó sus excelentes capacidades a la preparación de los índices de personalidades y de textos bíblicos.

Le doy las gracias a Don Anderson, antiguo director de *The Standard*, la revista confesional de la Conferencia General Bautista, por motivarme a escribir veinte de los presentes capítulos para dicha revista.

Y le doy las gracias a Len Goss de Broadman & Holman por su entusiasmo y apoyo al encauzar el presente libro por el proceso de publicación.

HERMANOS, NO SOMOS PROFESIONALES

Dios ha sido bueno conmigo y oro que mientras viva pueda ser un buen administrador de su gracia al difundir pasión por su supremacía en todas las cosas por el gozo de todas las personas por medio de Jesucristo, mi Señor.

El predicador... no es un hombre profesional;
su ministerio no es una profesión; es una
institución divina, una devoción divina.

E. M. BOUNDS

Somos insensatos por amor de Cristo, pero los profesionales
son sabios. Somos débiles, pero los profesionales son fuertes.
A los profesionales se les honra, a nosotros se nos desacredita.

No tratamos de conseguir un estilo de vida profesional,
pero estamos listos para padecer hambre y
sed e ir mal vestidos y no tener techo.

JOHN PIPER

1

HERMANOS, NO SOMOS PROFESIONALES

LOS PASTORES estamos siendo asesinados por el profesionalismo del ministerio pastoral. La mentalidad del profesional no es la mentalidad del profeta. No es la mentalidad del siervo de Cristo. El profesionalismo no tiene nada que ver con la esencia y el corazón del ministerio cristiano. Mientras más profesionales anhelemos ser, mayor será la estela de muerte espiritual que dejemos a nuestro paso, pues no existe la inocencia profesional (Mt. 18:3); no existe la misericordia profesional (Ef. 4:32); no existe el clamor profesional por Dios (Sal. 42:1).

Pero nuestra primera tarea es la de clamar por Dios en la oración. Nuestra tarea es la de llorar por nuestros pecados (Stg. 4:9). ¿Existe el llanto profesional? Nuestra tarea es la de proseguir a la meta de la santidad de Cristo y al premio del supremo llamamiento de Dios (Fil. 3:14); golpear nuestro cuerpo y someterlo no sea que seamos eliminados (1 Co. 9:27); negarnos a nosotros mismos y tomar la cruz salpicada de sangre cada día (Lc. 9:23). ¿Cómo se lleva una cruz profesionalmente? Hemos sido crucificados con Cristo; pero ahora vivimos en la fe de aquel que nos amó y se entregó a sí mismo por nosotros (Gá. 2:20). ¿Qué es fe profesional?

No nos llenaremos de vino, sino del Espíritu (Ef. 5:18). Somos amadores de Cristo ebrios de Dios. ¿Cómo podemos embriagarnos de Dios profesionalmente? Entonces, maravilla entre las maravillas, recibimos el tesoro del evangelio para llevarlo en vasos de barro para mostrar que la excelencia del poder es de Dios (2 Co. 4:7). ¿Hay alguna forma en que podamos ser un vaso de barro profesional?

Estamos afligidos en todo, pero no abatidos; desconcertados, pero no llevados a la desesperación; perseguidos, pero no destruidos; siempre llevando en el cuerpo la muerte de Jesús (¿profesionalmente?) para que la vida de Jesús también se manifieste (¿profesionalmente?) en nuestros cuerpos (2 Co. 4:9-11).

Pienso que Dios nos ha exhibido a nosotros los predicadores como postreros de todo en el mundo. Somos insensatos por amor de Cristo, pero los profesionales son sabios. Somos débiles, pero los profesionales son fuertes. A los profesionales se les honra, a nosotros se nos desacredita. No tratamos de conseguir un estilo de vida profesional, pero estamos listos para padecer hambre y sed e ir mal vestidos y no tener techo. Cuando nos maldicen, bendecimos; cuando somos perseguidos, resistimos; cuando nos difaman, tratamos de conciliar; nos hemos convertido en la escoria del mundo, el desecho de todas las cosas (1 Co. 4:9-13). ¿O no?

¡Hermanos, *no* somos profesionales! Somos parias. Somos extranjeros y desterrados en el mundo (1 P. 2:11). Nuestra ciudadanía está en los cielos y esperamos impacientemente al Señor (Fil. 3:20).

No se puede profesionalizar el amor por su venida sin matar ese amor. Y *sí* se está matando.

Los objetivos de nuestro ministerio son eternos y espirituales. No son comunes a ninguna otra profesión. Es precisamente por la incapacidad de ver esto que estamos muriendo.

El predicador vivificante es un hombre de Dios, cuyo corazón siempre tiene sed de Dios, cuya alma siempre está apegada a Dios, cuyo ojo sólo está atento a Dios y en quien, por el poder del Espíritu de Dios, la carne y el mundo han sido crucificados y su ministerio es como el torrente generoso de un río vivificante.¹

De ninguna manera somos parte de un grupo social que comparte objetivos con otros profesionales. Nuestros objetivos son una ofensa; son locura (1 Co. 1:23). La profesionalización del ministerio constituye una amenaza constante a la ofensa del evangelio. Es una amenaza a la naturaleza profundamente espiritual de nuestro trabajo. Lo he visto a menudo: El amor por el profesionalismo (semejante a los profesionales del mundo) mata la creencia del hombre de que ha sido enviado por Dios para salvar a las personas del infierno y hacerlas extranjeras espirituales que exalten a Cristo en el mundo. El mundo establece el programa del hombre profesional; Dios establece el programa del hombre espiritual. El fuerte vino de Jesucristo hace estallar el odre del profesionalismo. Hay una diferencia infinita entre el pastor que está resuelto a ser un profesional y el pastor que está resuelto a ser el aroma de Cristo, la fragancia de la muerte para algunos y de la vida eterna para otros (2 Co. 2:15-16).

¡Dios, líbranos de los profesionalizadores! Líbranos de la «vocación mezquina, controladora, conspiradora y

1. John Piper y Wayne Grudem, *Recovering Biblical Manhood and Womanhood: A Response to Evangelical Feminism* (Wheaton, Ill.: Crossway Books, 1991), 16.

maquinadora que existe entre nosotros». ² Dios, danos lágrimas por nuestros pecados. Perdónanos por ser tan superficiales en la oración, tan escasos en nuestra comprensión de las verdades sagradas, tan conformes en medio de vecinos que mueren, tan faltos de pasión y de sinceridad en toda nuestra conversación. Devuélvenos el inocente gozo de nuestra salvación. Haz que temamos la formidable santidad y poder de aquel que puede arrojar el alma y el cuerpo en el infierno (Mt. 10:28). Haz que llevemos la cruz con temor y temblor como nuestro árbol de la vida ofensivo y lleno de esperanza. No nos des nada, absolutamente nada, del modo en que el mundo ve las cosas. Que Cristo sea el todo y en todos (Col. 3:11).

Destierra el profesionalismo de nuestro medio, oh Dios, y en su lugar pon la oración apasionada, la pobreza de espíritu, el hambre de Dios, el estudio riguroso de las cosas sagradas, la devoción ardiente por Jesucristo, la total indiferencia hacia todos los beneficios materiales y la labor infatigable para rescatar a los que mueren, perfeccionar a los santos y glorificar a nuestro Señor soberano.

Humíllanos, oh Dios, bajo tu poderosa mano, para que nos exaltes, no como profesionales, sino como testigos y participantes de las aflicciones de Cristo. En su maravilloso nombre. Amén.

2. Richard Cecil citado en E. M. Bounds, *Power through Prayer* (Grand Rapids, Mich.: Baker Book House, 1972), 59.

Por amor de mi nombre diferiré mi ira, y para alabanza mía la reprimiré para no destruirte... Por mí, por amor de mí mismo lo haré, para que no sea amancillado mi nombre, y mi honra no la daré a otro

ISAÍAS 48:9, 11

El fin principal de Dios es el de glorificar a Dios y gozar de su gloria por siempre.

JOHN PIPER

Dios ama su gloria más que lo que nos ama a nosotros y que esa es la base de su amor por nosotros.

JOHN PIPER

2

HERMANOS, DIOS AMA SU GLORIA

YO ME CRIÉ en un hogar donde 1 Corintios 10:31 era casi tan fundamental para nuestra familia como Juan 3:16. «Si, pues, coméis o bebéis, o hacéis otra cosa, hacedlo todo para la gloria de Dios». Pero no fue hasta que cumplí veintidós años que oí a alguien decir que el primer compromiso de Dios es hacia su propia gloria y que esto constituye la base de la nuestra. Nunca había oído a alguien decir que Dios todo lo hace para su gloria también y que es por eso que debemos hacerlo nosotros. Nunca había oído a alguien explicar que el papel del Espíritu Santo es hacer que arda en mí lo que ha

estado ardiendo en Él toda la eternidad: El amor de Dios por Dios. O más exactamente, el deleite de Dios el Padre en el panorama de sus propias perfecciones reflejadas como una imagen perfecta en su Hijo.

Nadie nunca me había preguntado: «¿Quién es la persona más centrada en Dios en el universo?» Para después responder: «Dios». O: «¿Es Dios un ídólatra?» Y después responder: «No. Él no tiene ningún dios ante Él». O: «¿Cuál es el fin principal de Dios?» Y luego responder: «El fin principal de Dios es el de glorificar a Dios y gozar de su gloria por siempre». Así que nunca me vi enfrentado activamente a la centralidad de Dios en Dios hasta que asistí a las clases de Daniel Fuller y me orientó estudiar los escritos de Jonathan Edwards.

Desde aquella época explosiva de descubrimiento de fines de los años sesenta, he luchado por entender las implicaciones de la pasión de Dios por su gloria. Ese es el título de un libro que escribí en homenaje a Jonathan Edwards, la mitad del cual es una reproducción de su libro titulado, *The End for Which God Created the World*. La tesis que plantea Edwards en ese libro es la siguiente:

[Dios] tenía respeto por *sí mismo*, como su último y cimero fin, en esta obra; porque es *merecedor* en sí mismo de ser así, al ser infinitamente el más grande y mejor de todos los seres. Todo lo demás, en cuanto a merecimiento, importancia y excelencia no son absolutamente nada en comparación con Él... Todo de lo que se habla en las Escrituras como fin supremo de la obra de Dios está contenida en esa única frase: *La gloria de Dios*.¹

¿Por qué es tan importante asombrarse ante la centralidad de Dios en Dios? Porque muchas personas están dispuestas a estar centradas en Dios siempre que sientan que Dios está centrado en el hombre.

1. Jonathan Edwards, *The End for Which God Created the World*, en John Piper, *God's Passion for His Glory: Living the Vision of Jonathan Edwards* (Wheaton, Ill.: Crossway Books, 1998), 140, 242.

Este es un peligro sutil. Podemos pensar que estamos centrando nuestra vida en Dios, cuando realmente estamos convirtiendo a Dios en un medio hacia el amor propio. Contra este peligro, hermanos, los insto a que reflexionen sobre las implicaciones de que Dios ama su gloria más que lo que nos ama a nosotros y que esa es la base de su amor por nosotros.

«Dejaos del hombre, cuyo aliento está en su nariz; porque ¿de qué es él estimado?» (Is. 2:22). «No confiéis en los príncipes, ni en hijo de hombre, porque no hay en él salvación» (Sal. 146:3). «Maldito el varón que confía en el hombre, y pone carne por su brazo» (Jer. 17:5). «He aquí que las naciones le son como la gota de agua que cae del cubo, y como menudo polvo en las balanzas le son estimadas... Como nada son todas las naciones delante de él; y en su comparación serán estimadas en menos que nada, y que lo que no es» (Is. 40:15, 17).

El compromiso supremo de Dios es con Él mismo y no con nosotros. Y en eso estriba nuestra seguridad. Dios ama su gloria por encima de todo «Por amor de mi nombre diferiré mi ira, y para alabanza mía la reprimiré para no destruirte... Por mí, por amor de mí mismo lo haré, para que no sea amancillado mi nombre, y mi honra no la daré a otro» (Is. 48:9, 11).

Dios lleva a cabo la salvación por *amor de Él*. Dios justifica al pueblo llamado por su nombre para que Él pueda ser glorificado.

«Por tanto, di a la casa de Israel [y a todas las iglesias]: Así ha dicho Jehová el Señor: No lo hago por vosotros, oh casa de Israel, sino por causa de mi santo nombre, el cual profanasteis vosotros entre las naciones adonde habéis llegado. Y santificaré mi grande nombre, profanado entre las naciones, el cual profanasteis vosotros en medio de ellas; y sabrán las naciones que yo soy Jehová... No lo hago por vosotros, dice Jehová el Señor, sabedlo bien; avergonzaos y cubríos de confusión por vuestras iniquidades, casa de Israel» (Ez. 36:22-23, 32).

Esta no es una nota aislada en la sinfonía de la historia redentora. Es el tema siempre reiterado del Compositor todo suficiente. ¿Por qué Dios nos predestinó en amor para ser sus hijos? Para que la gloria

de su gracia pudiera ser alabada (Ef. 1:6, 12, 14). ¿Por qué Dios creó un pueblo para Él? «Para gloria mía los he creado» (Is. 43:7). ¿Por qué creó de la misma masa vasos de honra y vasos de deshonra? Para mostrar su ira y hacer notorio su poder y revelar las riquezas de su gloria para con los vasos de misericordia (Ro. 9:22-23). ¿Por qué Dios puso a Faraón y endureció su corazón y liberó a Israel con su potente brazo? Para que fuera glorificado sobremanera sobre Faraón (Éx. 14:4) y para que su nombre fuera anunciado en toda la tierra (Éx. 9:16).

¿Por qué Dios perdonó al Israel rebelde llevándolo al desierto y finalmente a la tierra prometida? «Actué a causa de mi nombre, para que no se infamase a la vista de las naciones» (Ez. 20:14). ¿Por qué Dios no destruyó a Israel cuando lo rechazaron como rey y exigieron ser como todas las naciones (1 S. 8:4-6)? «Jehová no desampará a su pueblo, por su grande nombre» (1 S. 12:22). El amor de Dios por la gloria de su propio nombre es el manantial de gracia libre y la roca de nuestra seguridad.

¿Por qué Dios sacó a los israelitas del cautiverio en Babilonia? Porque Daniel oró: «Haz que tu rostro resplandezca sobre tu santuario solado, por amor del Señor» (Dn. 9:17). ¿Por qué el Padre envió al Hijo encarnado a Israel? «Para confirmar las promesas hechas a los padres, y para que los gentiles glorifiquen a Dios por su misericordia» (Ro. 15:8-9). ¿Por qué el Hijo fue a su hora final? «Mas para esto he llegado a esta hora. Padre, glorifica tu nombre» (Jn. 12:27-28). Cristo murió para glorificar al Padre y para reparar toda la difamación que habíamos traído a su honor. Nuestra única esperanza es que la muerte de Cristo satisfizo los justos reclamos de Dios de recibir la verdadera gloria de sus criaturas (Ro. 3:24-26).

¡Hermanos, Dios ama su gloria! Él está consagrado con todo su infinito y eterno poder a mostrar esa gloria y guardar el honor de su nombre.

Cuando Pablo dice en 2 Timoteo 2:13: «Si fuéremos infieles, él permanece fiel», no significa que somos salvos a pesar de ser infieles, pues el versículo anterior dice: «Si le negáremos, él también nos

negará». Más bien, como se explica en el versículo, «Él permanece fiel» significa que «Él no puede negarse a *sí mismo*». La lealtad más fundamental de Dios es hacia su propia gloria. Está comprometido a ser Dios antes de comprometerse con ser cualquier otra cosa.

¿Conocen esto sus feligreses? ¿La respuesta a sus oraciones depende del amor de Dios por su propia gloria? ¿Ellos exponen sus argumentos ante su trono sobre la base de que Dios lo hace todo por amor a su nombre? «Oh Jehová, actúa por amor de tu nombre» (Jer. 14:7). «Ayúdanos, oh Dios de nuestra salvación, por la gloria de tu nombre; y líbranos, y perdona nuestros pecados por amor de tu nombre» (Sal. 79:9). «Por amor de tu nombre, oh Jehová, perdonarás también mi pecado, que es grande» (Sal. 25:11). ¿Nuestros fieles realmente saben que «Santificado sea tu nombre» es una petición a Dios de glorificarse a *sí mismo* como Dios? «No a nosotros, oh Jehová, no a nosotros, sino a tu nombre da gloria» (Sal. 115:1).

Cientos de veces les hemos dicho a nuestros fieles: «Hacedlo todo para la gloria de Dios» (1 Co. 10:31). Pero ¿les hemos dado la base de este mandamiento? Dios ama su gloria. La ama con infinita fuerza, pasión y dedicación. Y el Espíritu de Dios arde con este amor. Es por esto que los hijos de Dios aman la gloria de Dios; los guía ese Espíritu ardiente (Ro. 8:14).

Declaremos con audacia y con fuerza lo que Dios más ama: La gloria de Dios. Cuidémonos de los mares de centralidad en el hombre que hay a nuestro alrededor. «Dejaos del hombre, cuyo aliento está en su nariz; porque ¿de qué es él estimado?» (Is. 2:22). La base, los medios y el objetivo del *amor* de Dios por los pecadores es su amor primero, más profundo y supremo por su propia gloria. Por lo tanto, hermanos, díganles a sus fieles cuál es el gran fundamento del evangelio: ¡Dios ama su gloria!

Dios es amor.

I JUAN 4:8

Y pasando Jehová por delante de él, proclamó:
¡Jehová! ¡Jehová! fuerte, misericordioso y piadoso;
tardo para la ira, y grande en misericordia y verdad

ÉXODO 34:6

Su santidad es la absoluta singularidad y valor infinito de su gloria. Su justicia es su compromiso inquebrantable de siempre honrar y mostrar esa gloria. Y su gloria toda suficiente se honra y se muestra mayormente mediante su obra para con nosotros, en vez de nuestra obra para con Él.

Y eso es amor.

JOHN PIPER

3

HERMANOS, DIOS ES AMOR

ALGUNOS LECTORES del capítulo anterior se harán eco de las inquietudes de algunos de los hombres de la iglesia. En una ocasión en un retiro para hombres, definí *liderazgo espiritual* como «saber dónde Dios quiere que las personas estén y tomar la iniciativa para lograr que ocupen ese lugar por los medios *de Dios* depositando su confianza en el poder *de Dios*». Indiqué que la forma en que descubrimos dónde quiere Dios que las personas estén es preguntándonos adónde va Dios mismo. La respuesta, me parece, es que Dios ama su gloria (véase el capítulo 2) y que Él quiere magnificar su gloria en todo lo que hace.

Luego, el objetivo de liderazgo espiritual es lograr que las personas se unan a Dios para vivir para la gloria de Dios.

En el retiro surgió la objeción de que esta enseñanza hace de Dios un egocéntrico maniático que parece que nunca obra por amor. Pero Dios sí obra por amor. Él *es* amor. Es necesario que veamos cómo Dios puede obrar para su propia gloria y puede obrar para nosotros también. La mejor manera que yo conozco de mostrar esto es explicando cómo Dios es santo, cómo Dios es justo y cómo Dios es amor, y la manera en que se relacionan entre sí.

Cuando describimos a Dios como santo queremos decir que es único. No hay nadie como Él. No tiene comparación.

Moisés enseñó a Israel a cantar: «¿Quién como tú, oh Jehová, entre los dioses? ¿Quién como tú, magnífico en santidad, terrible en maravillosas hazañas, hacedor de prodigios?» (Éx. 15:11). Siglos después, Ana, la madre de Samuel, enseñó a Israel a cantar: «No hay santo como Jehová; porque no hay ninguno fuera de ti» (1 S. 2:2). E Isaías (40:25) cita a Dios: «¿A qué, pues, me haréis semejante o me compararéis? dice el Santo».

Dios es santo en su absoluta singularidad. Todo lo demás pertenece a una clase. Nosotros somos humanos; Rover es un perro; el roble es un árbol; la Tierra es un planeta; la Vía Láctea es una entre mil millones de galaxias; Gabriel es un ángel; Satanás es un demonio. Pero sólo Dios es Dios y, por lo tanto, es santo, totalmente diferente, preciso, único.

Todo lo demás es creación. Sólo Él crea. Todo lo demás comienza. Sólo Él siempre fue. Todo lo demás depende. Sólo Él es suficiente.

Por lo tanto, la santidad de Dios es sinónimo de su infinito valor. Los diamantes son valiosos porque son raros y difíciles de hacer. Dios es infinitamente valioso porque Él es el más raro de todos los seres y no puede hacerse ni fue hecho nunca. Si yo fuera coleccionista de tesoros raros y pudiera de alguna manera tener a Dios, el Santo, en mi colección, sería más rico que todos los coleccionistas de los más raros tesoros que existen fuera de Dios.

Apocalipsis 4:8-11 narra los cánticos que se le cantan a Dios en el cielo. El primero dice: «Santo, santo, santo es el Señor Dios Todopoderoso, el que era, el que es, y el que ha de venir». El segundo

dice: «Señor, digno eres de recibir la gloria y la honra y el poder». Estos dos cánticos significan lo mismo. «Dios es santo» significa que Él es merecedor. Su santidad es su inconmensurable valía y valor. Nada puede compararse a Él porque Él lo hizo todo. Cualquiera que sea el valor que hace valiosa una cosa creada, se encuentra multiplicado millones de veces en el Creador.

Una forma de resaltar el significado de la santidad de Dios es comparándolo con su gloria. ¿Son la misma cosa? No exactamente. Yo diría que su gloria es el resplandor de su santidad. Su santidad es su valía intrínseca, una excelencia totalmente única. Su gloria es la manifestación palpable de esa valía en la hermosura. Su gloria es la exposición de su santidad. «Santo, santo, santo, Jehová de los ejércitos; toda la tierra está *llena* de su gloria» dicen los serafines encima de su trono (Is. 6:3). Habacuc exclama: «Dios vendrá de Temán, y el Santo desde el monte de Parán. Su gloria cubrió los cielos, y la tierra se llenó de su alabanza» (Hab. 3:3). Y el Señor mismo dice en Levítico 10:3: «En los que a mí se acercan me santificaré, y en presencia de todo el pueblo seré glorificado». *Mostrarse* santo es la única manera en que Él es glorificado.

La santidad de Dios es el valor totalmente único e infinito de su ser y su majestad. Decir que nuestro Dios es santo significa que su valor es infinitamente mayor que la suma del valor de todos los seres creados.

Veamos ahora su justicia. En el fondo, la justicia de Dios significa que Él tiene una justa valoración de su valor supremo. Tiene una justa consideración de su valía infinita y todas sus acciones las hace de acuerdo con este justo juicio de sí mismo.

Dios sería injusto y poco confiable si negara su valor supremo, ignorara su valía infinita y actuara como si la conservación y manifestación de su gloria valieran menos que su compromiso incondicional. Dios actúa en justicia cuando actúa por amor de su nombre.

El Salmo 143:11 dice: «Por tu nombre, oh Jehová, me vivificarás; por tu justicia sacarás mi alma de angustia». Observe el paralelo

entre «por tu justicia» y «por tu nombre». Igualmente, el Salmo 31:1 dice: «Líbrame en tu justicia». Y el versículo 3 añade: «Por tu nombre me guiarás y me encaminarás». De manera similar, en Daniel 9:16-17, el profeta ora: «Oh Señor, conforme a todos tus actos de justicia, apártese ahora tu ira y tu furor de sobre tu ciudad Jerusalén... haz que tu rostro resplandezca sobre tu santuario asolado». El llamado a la justicia de Dios es en el fondo un llamado a su inquebrantable lealtad al valor de su nombre santo.

Para que Dios sea justo, debe dedicarse al ciento por ciento, con todo su corazón, alma y fuerzas, a amar y honrar su propia santidad en la manifestación de su gloria.

Y eso lo hace sin dudas, tal como vimos en el capítulo 2. El aspecto central de Efesios 1 se repite tres veces: Dios «habiéndonos predestinado para ser adoptados hijos suyos por medio de Jesucristo... para alabanza de la gloria de su gracia» (vv. 5-6). El propósito de Dios es que «seamos para alabanza de su gloria, nosotros los que primeramente esperábamos en Cristo» (v. 12). «Fuisteis sellados con el Espíritu Santo de la promesa, que es las arras de nuestra herencia hasta la redención de la posesión adquirida, para alabanza de su gloria» (vv. 13-14). Todo en nuestra salvación está diseñado por Dios para magnificar la gloria de Dios.

Dios es suprema e intachablemente justo porque nunca retrocede ante la valoración justa de su valor supremo, la consideración justa de su valor infinito o el compromiso inquebrantable de honrar y manifestar su gloria en todo lo que Él hace.

Ahora ya estamos listos para reflexionar sobre el amor de Dios. El amor de Dios no entra en contradicción con su santidad ni su justicia. Por el contrario, la naturaleza de la santidad y justicia de Dios exige que Él sea un Dios de amor. Su santidad es la absoluta singularidad y valor infinito de su gloria. Su justicia es su compromiso inquebrantable de siempre honrar y mostrar esa gloria. Y su gloria toda suficiente se honra y se muestra mayormente mediante su obra para con nosotros, en vez de nuestra obra para con Él. Y eso es amor.

El amor está en el centro del ser de Dios porque el libre y soberano otorgamiento de misericordia por parte de Dios es más glorioso que lo que sería el reclamo de que los humanos llenaran alguna carencia en Él mismo. Es más glorioso dar que recibir. Por ende, la justicia de Dios exige que Él sea un dador. Por lo tanto, el Santo y Justo es amor.

Jesucristo es la encarnación del amor de Dios. Y cuando Él vino, dijo: «Porque el Hijo del Hombre no vino para ser servido, sino para servir, y para dar su vida en rescate por muchos» (Mr. 10:45).

El Hijo del Hombre no ha venido buscando empleados. Ha venido a emplearse a sí mismo para nuestro bien. No nos atrevemos a obrar por Él no sea que le robemos su gloria e impugnemos su justicia. El apóstol Pablo dice: «Pero al que obra, no se le cuenta el salario como gracia, sino como deuda; mas al que no obra, sino cree en aquel que justifica al impío, su fe le es contada por justicia» (Ro. 4:4-5). Esta es una advertencia de no buscar justificación al obrar para Dios. Es un don. Lo tenemos por la fe solamente (véase el capítulo 4). Y aun cuando nos ocupemos en nuestra salvación con temor y temblor, debemos verlo como una clase especial de ocupación: La única razón por la que podemos mover un dedo es que Dios es el que «en vosotros produce así el querer como el hacer, por su buena voluntad» (Fil. 2:13).

Aunque Pablo había «trabajado más» que cualquiera de los otros apóstoles, él declara «pero no yo, sino la gracia de Dios conmigo» (1 Co. 15:10). Por esto en Romanos 15:18 él reconoce: «Porque no osaría hablar sino de lo que Cristo ha hecho por medio de mí». Pablo está totalmente convencido de que ninguna bendición en la vida se debe finalmente a que el hombre quiera o corra, sino a Dios, quien tiene misericordia (Ro. 9:16).

Dios se propone obtener toda la gloria en nuestra redención. Por lo tanto, es categórico en cuanto a que Él obrará por nosotros y no nosotros por Él. Él es el obrero; nosotros necesitamos de sus servicios. Él es el médico; nosotros somos sus pacientes enfermos. Nosotros somos los débiles; Él es el fuerte. Nosotros tenemos el auto roto; Él es el mecánico talentoso.

Debemos tener cuidado no sea que queramos servirlo de alguna manera en que lo deshonremos porque su propósito es recibir toda la gloria. Como dijo Pedro (1 P. 4:11): «Si alguno ministra, ministre conforme al poder que Dios da, para que en todo sea Dios glorificado por Jesucristo, a quien pertenecen la gloria y el imperio por los siglos de los siglos».

Luego, Dios es amor, no a pesar de su pasión por promover su gloria, sino precisamente debido a ella. ¿Qué puede ser más amoroso que el Dios infinito y santo obrando para nosotros? Pero, al obrar por nosotros en vez de necesitar de nuestra obra, Él magnifica su propia y gloriosa suficiencia. Es el arroyo que glorifica la plenitud de la naturaleza. Y el arroyo que fluye de Dios es amor. Si Él dejara de buscar su gloria, no tendría valor para nosotros. Pero, alabado sea Dios, Él es santo, es justo y, por lo tanto, es amor.

He aquí una prueba final para ver si han penetrado en la esencia de la centralidad misericordiosa de Dios en Dios. Pregúntense a ustedes mismos y a sus fieles: «¿Se sienten más amados por Dios porque Él los ama o porque Él los deja libres para que gocen amándolo a Él por siempre?» Esta es la mejor prueba de si nuestro amor por Dios es el deseo de tener la capacidad comprada con la sangre y forjada por el Espíritu de poder ver y glorificar a Dios gozando de Él por siempre, o si es el deseo de que Él nos haga el centro y nos dé los deleites de estimarnos a nosotros mismos. Al final de cuentas, ¿quién es el tesoro todo satisfacción que recibimos por amor a Dios? ¿Uno mismo o Dios?

Dios es amor porque Él es infinitamente valioso (su santidad) y está comprometido con manifestar ese valor para nuestro eterno gozo (su justicia). Dios es el único ser en todo el mundo para quien el acto de más amor es la exaltación a sí mismo. Porque es Él y sólo Él quien puede satisfacer nuestros corazones.